

EDITORIALES

Derecho y obligación

Votar adquiere especial relevancia cuando las convulsiones financieras ponen en entredicho a las instituciones

Los españoles estamos llamados hoy a elegir a nuestros representantes en el Congreso y el Senado en un ejercicio libre del principio de soberanía. La cita coincide con uno de los momentos más difíciles a los que se han enfrentado la economía y la sociedad españolas, atenazadas de cara al futuro por la hipoteca colectiva en que se convirtió la burbuja inmobiliaria y por los sobresaltos especulativos. Los cinco millones de parados son a la vez efecto y causa de una prolongada recesión que amenaza con reproducirse. Todo ello compromete muy seriamente el papel de las instituciones públicas como garantes de un sistema de bienestar y de equidad. El hecho de que la jornada electoral venga precedida de una larga serie de pronósticos que coinciden en el anuncio de un cambio de ciclo político no diluye la responsabilidad que atañe a la ciudadanía. Porque si la participación electoral constituye una obligación moral ante cualquier convocatoria, adquiere una especial relevancia cuando las convulsiones económicas han dejado en entredicho la capacidad de la política para procurar la estabilidad que requiere toda sociedad abierta y la eficiencia que precisa la gestión actual de los asuntos públicos. El escepticismo y la desconfianza que muchos ciudadanos pueden albergar respecto a la entereza de las instituciones y a la coherencia de la acción política no deben convertirse en excusa para eludir la llamada de las urnas. El comprensible reproche que muchos electores dirigen hacia lo que consideran una deserción de los partidos y de las instituciones respecto a su obligación reguladora de la economía no debería conducir a una mimesis de distanciamiento e indiferencia en relación a la participación electoral. Hoy cada persona inscrita en el censo cuenta con la potestad de expresar su parecer a través de las diversas posibilidades que le ofrecen las dos urnas. Habrá quien tenga su voto decidido desde siempre, quien se incline por la candidatura con la que más coincide en estos momentos, quien elija las papeletas por exclusión, e incluso quien recurra al voto en blanco para significar su compromiso con la democracia junto a su objeción al sistema de partidos. Pero cuanto mayor sea la participación más legitimadas saldrán las Cortes y mayor peso adquirirá la autoridad crítica de la ciudadanía ante cualquier decepción.

Detención y juicio

Saif al-Islam, hijo del depuesto dictador libio Muamar Gadaffi y mencionado a veces como su sucesor, fue detenido ayer en el sur del país desmintiendo así la información de que él y un grupo de fieles había podido pasar a Níger. Ya se registra la contradicción aparente de varias fuentes oficiales libias: para unas será transferido al Tribunal Penal Internacional, en La Haya, y para otras será juzgado en Libia. Saif al-Islam tuvo contactos indirectos con el TPI y sospechó la posibilidad de entregarse porque no tenía cargos oficiales en el país y será difícil probar que ordenó asesinatos en masa, pero un tribunal libio sería menos indulgente y menos objetivo en el actual escenario, confuso y constituyente. En La Haya tendría garantías procedimentales pero no es seguro que sea la sede idónea para juzgar una conducta tan vinculada a lo que, de hecho, ha sido una guerra civil. La captura de Saif al-Islam es por eso una noticia reconfortante que, al mismo tiempo, crea un delicado escenario jurídico y político.

IDEAL

DIARIO REGIONAL DE ANDALUCÍA

Director General: Diego Vargas García

Director:
Eduardo Peralta de Ana

Subdirector:
Félix L. Rivadulla

Mesa de redacción multimedia:
Miguel Martín Romero (Opinión y Cultura); Juan Jesús Hernández Hernández (Información), Quico Chirino (Granada), Javier Fuentenebro (Editor Granada y Fin de Semana), Justo Ruiz Barroso (Deportes), Rafael Lamelas (Editor multimedia), Ramón L. Pérez (Editor Gráfico)

Delegaciones:
Ángel Iturbe Elizondo (Delegado Almería), José Luis Adán López (Delegado Jaén)

Director de Control de Gestión:
Jesús Torre Ramos
Directora de RR HH:
María A. Cañete Comba
Director de Marketing:
Pablo Madina Martínez
Director Técnico:
Antonio C. Castillo Jiménez

Especuladores y réprobos adictos al dinero ajeno

ANTONIO HERNÁNDEZ JEREZ

CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

Es inevitable preguntarse por la legitimidad democrática de políticos al servicio de la élite financiera mundial, que al parecer es quien controla el poder a escala global, así como por la licitud moral de conseguir beneficios económicos a costa de empobrecer a los demás

En las últimas semanas se han producido dos hechos sobre los que conviene reflexionar pues reafirman la difícil relación entre la economía y la ética. Primero fueron las polémicas declaraciones de un corredor financiero a la cadena británica BBC, que llamaron la atención tanto por su carencia absoluta de valores morales como por su gran sinceridad y acertado diagnóstico de la actual situación económico-financiera, augurando un final dramático para la Eurozona. Posteriormente surgió el escándalo de las multimillonarias indemnizaciones/pensiones que se asignaron exaltos cargos de varias cajas de ahorro y que, debido a su mala gestión, han tenido que ser reflotadas mediante la inyección de fondos públicos procedentes de los impuestos o del endeudamiento del Estado.

Es inevitable preguntarse por la legitimidad democrática de políticos al servicio de la élite financiera mundial, que al parecer es quien controla el poder a escala global, así como por la licitud moral de conseguir beneficios económicos a costa de empobrecer a los demás, ya sean países, empresas o particulares. Tales beneficios no serían resultado de un trabajo productivo sino especulativo, modificando artificialmente el valor de las cosas, ya sea a la baja en un contexto de crisis económica o al alza en períodos de crecimiento.

Todo inversor sueña con comprar barato y vender caro, aunque para ello hace falta llegar a un acuerdo, el precio. Este se alcanza fácilmente si el activo tiene potencial de generar valor añadido facilitando la obtención de beneficios, operación no siempre exenta de riesgos. Según Max Weber, la búsqueda racional de beneficios económicos tiene una fundamentación ética. Para este filósofo y sociólogo alemán, la reforma protestante generó un marco conceptual que justificaba el enriquecimiento, pero solo como resultado del esfuerzo, trabajo personal digno, ahorro y una vida modesta.

Si embargo, en la actualidad el dinero ha dejado de ser un medio para vivir para convertirse en un fin en sí mismo, atropellando principios y valores y abocando a una economía y sociedad de consumo. Para Marcuse, la publicidad, los medios de comunicación y el propio sistema industrial han creado falsas necesidades de consumo, dando paso a una nueva cultura que devalúa las conciencias y amenaza la identidad individual y social.

La burbuja inmobiliaria y la globalización del sistema financiero internacional condujeron en 2007 a la internacionalización de la crisis de las hipotecas 'subprime' que, lejos de corregirse, ha desencadenado la actual crisis económico-financiera. La dinámica interna de este proceso ha demostrado que la autorregulación de los mercados, proclamada por el liberalismo económico, es imperfecta y que la economía no debe imponerse inexorablemente sobre la base del libre mercado. A pesar de que haya fun-

cionado así durante una época histórica, la secuencia de acontecimientos de los últimos cinco años lo pone en entredicho y justifica la necesidad, en aras del bien común, de controlar y de imponer límites al libre mercado por parte de los Estados. Es lo que se está haciendo en la actualidad, pero de una manera tan improvisada y descoordinada.

En economía, al igual que en la política, los objetivos se consiguen independientemente de la ética como formuló Maquiavelo cinco siglos atrás. Sin embargo, esto conduce al abuso del poder y al descontento social que históricamente ha desencadenado revoluciones y en la actualidad movimientos sociales que se alzan contra el orden económico y político mundial. La pregunta es si la acción económica, realizada por personas, debe ajustarse a patrones éticos y perseguir el bien común en justo equilibrio con los beneficios personales o, por el contrario, su único objetivo debe ser la máxima satisfacción de los propios intereses, incluso a costa de los demás, actuando sin el menor escrúpulo. La crítica ética a la economía tiene su base en Tomás Moro al preguntarse en su 'Utopía' cuál debe ser el orden económico justo. Aun a costa de parecer heterodoxo, la economía debe centrarse en el ser humano y no en los beneficios.

Pero la lógica de los intereses económicos parece haber triunfado sobre las virtudes éticas. Una vez liberada de sus ataduras morales, la economía puede alcanzar el máximo beneficio guiándose por

sus propios principios y leyes. La repercusión social de esto es que los ciudadanos se preocupan de sus propios asuntos en detrimento del bien común de la sociedad en que viven. Olvidan que algo consustancial a la persona humana es la búsqueda del bien superior como meta, lo cual implica una acción ética, una virtud moral. La sociedad civil debe exigir responsabilidad ante lo público (sobre todo a los dirigentes políticos), respeto al bien común, volver a un ethos social

de autoexigencia en todo lo que hacemos y vincular nuestra individualidad a la de los otros en compromisos colectivos.

Parece inevitable una nueva formulación ética en la acción social y política que, asumida por todos, genere cambios económicos. Es decir, la razón ética debe estar por encima de la razón económica aún a costa de sacrificar la eficiencia macroeconómica y no dar plena satisfacción al principio económico de maximizar los beneficios. Eso supone crear una nueva cultura y valores. La evidencia histórica reciente de la crisis económico-financiera es determinante a este respecto. El pleno desarrollo humano vendrá cuando la economía se oriente hacia el bien social, lo cual se configura en un nuevo valor, una nueva virtud que engrandece la conducta de las personas. Esto contribuiría a un mayor progreso social y al desarrollo moral del ser humano, logrando mayores cotas de felicidad y bienestar en la sociedad. A lo mejor así se pueden evitar nuevas crisis económicas globales como la que atravesamos en la actualidad.



REUTERS